

—Luz era el uno.
—¡Luz!—dijo el socio del doctor poniéndose pálido como la muerte.

—¿Qué te pasa?—preguntó Amalia notando la mutación que se había operado en el semblante de su interlocutor.

Duval, sin escuchar la pregunta, y sacando apresuradamente el medallón que le había entregado la hermosa cautiva, se lo mostró a Amalia preguntándole:

—¿Es éste alguno?

—¡Oh!, sí —gritó fuera de sí de alegría la desdichada mujer—. ¿Quién te lo ha dado? ¿Dónde está la joven que lo llevaba?

—¡Al borde de la deshonra! —exclamó fuera de sí Duval—. ¡Ah!, es preciso salvarla...; ¡salvar a nuestra hija!

Y sin escuchar la voz de Amalia, y guardando al instante el medallón, salió a toda prisa a la calle; empujó la puerta de la casa del doctor; subió en dos saltos las escaleras, y encendidos de ira los ojos, se presentó, blandiendo el puñal, en la pieza donde se encontraba Luz, dejando escapar una exclamación de ira. El infame Willey, que en aquel momento se dirigía sobre su víctima para envilecerla, se detuvo sorprendido. La joven, al ver a Duval dió un grito de esperanza, y exclamó bañada en lágrimas:

—¡Salvadme..., salvadme!

—Sí..., la salvaré —dijo Duval—. Y tú, infame, perece bajo el agudo filo de mi puñal.

Pero al mismo tiempo que se arrojaba sobre el doctor para herirle, éste sacó una pistola y le apuntó. ¿Qué pasó después?

CAPITULO XXVI

El sentenciado a muerte

¿Porqué está agolpado ese gentío a la puerta de ese vasto y sólido edificio, donde gimen los criminales? ¿Por qué ese afán y esa ansiedad por colocarse en buen sitio? ¿Va a tener lugar algún alegre espectáculo, que regocije a la humanidad?

No, nada de eso. Esa agitación, ese bullicio y ese anhelo por colocarse en punto principal y elevado, reconoce por causa un acontecimiento desgraciado. Un hombre está condenado a caminar al patíbulo, y todos ansían verle y reconocerle. No es la compasión la que allí les ha con-

ducido, sino la curiosidad; el deseo de ver, para contar después si marchaba abatido o con valor a la muerte, si conrito o independiente, y dar razón de su figura, del traje que llevaba, y hasta de las más ligeras consecuencias que acompañaron al último instante de su vida.

Próximo al sitio en que se alza el espantoso patíbulo se ven multitud de personas a caballo, esperando el momento de la ejecución; coches de alquiler llenos de gente, sobre cuyos techos están sentados algunos amigos de los aurigas; gran número de carros, cuyos conductores que dejan subir al pueblo bajo a los primeros, se han detenido allí para presenciar la sangrienta escena que va a tener lugar; y una infinidad de harapientos muchachos que, encaramados en los árboles, se constituyen en vigías de lo que pasa en cuanto abarca la vista.

Al ver aglomerado allí un pueblo entero, esperando con avidez que llegue el momento de que se presente el reo, una idea triste le asalta al hombre humano y pensador que viene a helar su corazón. La indiferencia con que la sociedad mira el horroroso fin de uno de sus miembros. A todos los concurrentes a esos sangrientos dramas les aparecen largos los instantes que aun faltan para que el reo camine al patíbulo, en tanto que el desventurado preso que va a dejar su familia, sus amigos, sus hijos tal vez, siente que las horas resbalan sobre su cabeza con una rapidez espantosa, y ve las puertas de la eternidad delante de sus ojos.

—Ya son las siete y cuarto, y la ejecución estaba anunciada para las siete—decía uno del bajo pueblo que estaba en su compañía.

—De veras que sí; y eso es engañar al público: por eso me «cuadran» los ingleses de Inglaterra, por la «esautitud».

—Y qué, ¿es cierto lo que cuentan?—añadió uno de los cuatro.

—¿Qué, valedor?

—¿Qué es persona decente?

—De levita y reloj, nada menos.

—¡Y luego dicen que nada más los «probes semos maletas, sarape». En todas partes cuecen habas.

—Unos tienen la fama y otros cargan la lana, valedor.

—dijo el del «al tiro una mala aición».

—Y ése las coció gordas, porque asesinar a su «principal» es de «al tiro una mala aición».

—¿Su principal?

—Y su protector a la vez.

—No saben lo que dicen estos hombres—dijo una joven que estaba cerca de aquel corro, y que por el traje parecía ser criada de alguna casa particular.

—Cállate, por Dios—le advirtió otra que con ella estaba.

—No quiero; porque es la mayor injusticia hablar mal de un hombre que es inocente.

Los del corrillo volvieron la cara hacia la joven.

—¿Inocente?

—Sí, señores, inocente.

—Ya no estamos en tiempo de Herodes, en que se mataban inocentes.

—Pues estaremos en los de Pilato; pero yo les aseguro a ustedes que lo es.

—¿Usted? ¿Pues qué, es usted su confesora?

—Déjense ustedes de burlas. Yo estaba viviendo en la casa del señor Flan, cuando tuvo lugar ese crimen; y aunque las apariencias le acusen, yo juraría, como dije al juez que me interrogó entonces, que no podía ser ese joven el asesino.

Aquellas palabras despertaron la curiosidad de los cuatro y la atención de las personas que se hallaban cerca. Al escucharlas, todos se agruparon alrededor de la joven, y la miraban con ese interés que despierta la persona a quien creemos iniciada en algún secreto.

—¿Conque usted estaba sirviendo en casa del señor Flan, el día de la desgracia?—le preguntó una mujer de las muchas que se habían acercado a escucharla.

—Sí, señora.

—¿«Pos quién jué» el que le asesinó?—dijo la del sarape.

—Eso es lo que nunca se ha llegado a sospechar; pero no me cabe duda, porque don Félix, lejos de matar al hombre que le colmaba de favores y de distinciones, hubiera dado por él mil y mil vidas.

—Así sucede muchas veces —contestó la mujer—: que justos pagan por pecadores.

—Al menos que si lo del asesinato es tan cierto como el otro delito de que le acusan, yo me atreviera a jurar que es inocente—dijo un hombre que estaba embozado en una frazada, y que se había acercado a oír la conversación.

—¿Y cuál es el otro delito?

—Pues qué, ¿no han leído ustedes el papel que venden del ajusticiado?

—No.

—¿De veras?

—Cállate, Margarito —le dijo una linda mujer de bajo pueblo que iba con él, vestida con lujosas enaguas bordadas de fino rebozo calandrio, y cuyo diminuto pie lo llevaba calzado por un zapato de raso verde, con una flor de oro en la punta—. ¿Qué te importa a ti el que se le acuse de ese delito más?

—Nada; pero me gusta que a cada cual se le dé lo que es suyo; y como en eso de la moneda falsa a mí «mesmo» me la daba el «doitor», pues siendo nosotros los que conducimos la plata, creyendo que era buena, nos pagaban con la «mesma...»

—Mira que si te oye alguno de la policía...

—¿Y qué me importa? Yo digo la verdad; y como yo no soy culpable...

El hombre del bajo pueblo que así se expresaba, era aquel mismo conductor que, celoso de Willey, había comunicado en la feria de Tlalpan a sus amigos la noticia de haber partido varios pesos que le salieron falsos, y cuyas palabras escuchó Félix, sin saber quién las pronunciaba. La joven que iba con él, era la graciosa Federacha, a quien el lector conoce ya.

—¿Ven ustedes si tengo yo razón para creer que es inocente?—dijo la joven que había servido en casa de Flan.

La voz de un muchacho que gritó: «¡ahí sale!», hizo que todos fijaran la vista en la puerta de la cárcel y que interrumpiesen el diálogo. La idea de que era inocente, introdujo la compasión en el pecho de los que habían escuchado las palabras de la joven, y tenían doble afán por conocer al sentenciado a muerte. El acompañamiento lúgubre empezó a salir pausadamente, precedido de la campanilla que acompaña siempre estos actos imponentes y desgarradores. Ocho soldados, colocados a uno y otro lado, marchaban al paso de una caja destemplada, que en su sordo sonido indicaba que un desgraciado caminaba al patíbulo. Un hombre, vestido de negro, ostentando el escapulario del Señor de la Misericordia, que le caía sobre el pecho y la espalda, y llevando en alto un óvalo que indicaba las obras de misericordia, seguía al de la campanilla; y poco después, pálido y macilento, pero sereno y resignado, se dejó ver al desventurado Félix, al lado del venerable sacerdote Enrique, que le iba exhortando y dirigiendo palabras de conformidad y de consuelo. El inocente joven las escuchaba con recogimiento religioso, y bebía con fervor el dorado Crucifijo que llevaba en sus

manos. Aquellos eran los últimos instantes de su vida, y quería dedicarlos exclusivamente para emprender el viaje a la eternidad. Moría en la primavera de su vida, cuando el mundo brinda sus más seductores placeres al hombre, cuando le ofrece todos los tesoros.

Y el desventurado levantó con languidez los ojos, y los dirigió sobre la multitud, para ver por la última vez ese mundo en donde dejaba a la hermosa Soledad, cuya memoria dulce y pura le acompañaba en sus postreros instantes. Acaso creyó encontrarla allí, triste y llorosa, queriéndole enviar el último adiós de despedida. Pero nada vió. Sus ojos sólo encontraron rostros extraños que nada le decían; miradas de curiosidad sin compasión y sin piedad. El infeliz no descubrió más que a un público que le creía criminal y le acusaba. ¡El único ser que conocía su inocencia no estaba allí! Entonces bajó la vista, velada por las lágrimas que le arrancara la memoria de Soledad, y continuó su camino, entregado todo a Dios, ante quien iba a comparecer dentro de pocos instantes.

—¡Tú, Eterno Padre, que lees en lo profundo del corazón del hombre... —decía para sí lleno de fe cristiana—; tú, que miras mi inocencia...; tú, que sabes que jamás se han manchado mis manos con la sangre de mis semejantes, ábreme las puertas de tu gloria..., no me rechaces de tu lado, como me rechaza horrorizada en este instante la sociedad, que me confunde con los asesinos! Tú lo has dispuesto así, Dios mío... Tú has resuelto en tus inescrutables fines que yo muera cargado con el peso de una acusación terrible, y yo acepto gustoso esa muerte para acatar tu sagrada voluntad. Sí; yo la acepto, y te la ofrezco en desagravio de mis culpas. ¡No me abandones, pues, Salvador mío..., no me alejes de ti, por piedad!

Y don Félix besó con fervoroso fuego el Crucifijo que llevaba en sus manos. En su semblante brilló la luz de la fe que acompaña al justo en sus últimos momentos. El padre Enrique, que conocía su inocencia, y que marchaba a su lado animándole a sufrir la muerte con resignación cristiana, puesto que así lo había dispuesto Aquel cuyos inescrutables fines debe acatar la criatura, iba pronunciando al oído estas palabras del salmista, que el inocente joven repetía con viva fe:

«Señor; ¿por qué se han multiplicado los que me tribulan? Muchos se levantan contra mí. Mas tú, Señor, eres mi amparador, mi gloria, y el que levantas mi cabeza. Con mi voz llamé al Señor: y me oyó desde su monte santo.

No temeré yo los millares de pueblo que me rodean: levántate, Señor, sálvame, Dios mío. Apiádate de mí y oye mi oración. Da, Señor, oídos a mis palabras, y oye mi clamor. En la mañana me pondré en tu presencia y veré. Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo: sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos. Vuélvete, Señor, libra mi alma: sálvame, por tu misericordia.»

Y don Félix volvió a besar la imagen del Salvador, y continuó en religioso recogimiento, caminando hacia el sitio de la ejecución, repitiendo interiormente todas las oraciones y dulces palabras del padre Enrique.

—¡Pobre joven! —exclamó la mujer que vimos dirigir poco antes una pregunta a la que fué criada de Flan—. Se conoce en la dulzura de su fisonomía y en la tranquilidad de su semblante, que posee un alma noble y limpia.

—¡Ah! ¡cuánto siento que no me haya visto! —dijo la criada—. Yo quería que fijase en mí los ojos para que leyese en mi semblante mi aprecio y mi gratitud y mi compasión...

Y henchida de pena y de dolor, seguía con la vista al que en época no muy lejana había contemplado distinguido en la sociedad.

Don Félix marchaba con resignación católica, escuchando con religiosa atención las palabras del digno sacerdote que iba a su lado y le había confesado. Al llegar al cuadro formado por algunas compañías de tropa, colocada en el sitio en que iba a tener lugar la ejecución, el preso levantó los ojos, y sus miradas se estremecieron. Acababa de descubrir a muy pocas varas, el cadalso en que iba a morir ignominiosamente. Un sudor frío bañó su frente. Su corazón se oprimió dentro del pecho, y su faz se demudó. El sacerdote se esforzó entonces en alentarle, y sus palabras, que llevaban el consuelo de la religión, la esperanza de una vida mejor y siempre dulce, le alentaron.

—¡Sí, sí...; Dios me espera en la gloria! —exclamó Félix inflamado por la fe; y avanzando con la tranquilidad del justo, llegó al pie del patíbulo. Al poner la planta en el primer escalón, sintió un sacudimiento interno, su piel se atirantó, y el frío de la muerte penetró hasta la médula de sus huesos. El inmenso gentío que invadía todo el Egido, donde era la ejecución, tenía fija la mirada en él, sin dirigirla, ni por un instante, a otro sitio. Félix subió los escalones que le faltaban, permaneció en pie, y dirigiéndose a la multitud, pronunció con clara y firme voz estas breves palabras:

—Muero inocente del delito que se me imputa; pero no acuso a nadie: las apariencias hablan altamente contra mí, y la justicia, que tiene la obligación de juzgar por las pruebas, me castiga. ¡Dios perdone al que vertió la sangre de mi querido principal, como yo le perdono! Sólo anhelo que los que me escuchan, se persuadan de mi inocencia, para que mi nombre no pase a la posteridad confundido con el de los criminales, sino con los de los desgraciados... ¡Esto os pido a las puertas de la eternidad, y que roguéis por mí al Supremo Juez, ante quien voy a comparecer en este instante!

Un silencio sepulcral sucedió a estas palabras. El joven acusado dirigió la vista hacia la campiña y el majestuoso bosque de Chapultepec, que se descorrían a lo lejos, enviándoles el último adiós; elevó los ojos al cielo con fe viva y como demandando compasión; besó el Crucifijo con ardiente fervor, y se sentó resignado en el funesto banquillo del patíbulo. El digno padre Enrique, colocado a su lado, rezaba en alta voz. El verdugo, cubierto el rostro con un antifaz, le vendó los ojos con un pañuelo, le pidió perdón, y le puso el instrumento de muerte al cuello.

Pero ¿para qué continuar la narración de esta escena aterradora, cuando hemos dejado pendiente otras que reclaman nuestra atención? Sí; suspendamos el desenlace de este triste episodio, y volvamos a ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO XXVII

Antes de morir

Dijimos que, al saber Duval por el medallón que mostró a la afligida Amalia, que Luz era su hija, penetró en la pieza en que iba a ser víctima de la bastarda pasión de Willey, arrojándose sobre éste con el puñal levantado. La hermosa joven dejó escapar una exclamación de esperanza, y le rogó que la salvase.

El doctor, lejos de intimidarse ante el peligro que le amenazaba, sacó una pistola de seis tiros para detener a su contrario. Pero Duval estaba ciego de ira; y sin atender a la superioridad del arma del infame, se dirigió resueltamente sobre él para matarle. Willey dió entonces un salto hacia atrás, colocándose detrás del sillón de su víctima, y cuando su antagonista avanzaba, disparó a que-

marropa su pistola. A la explosión sucedió un grito de muerte. El cuerpo de un hombre cayó, revolcándose en su sangre. Este hombre era Duval.

El doctor, temiendo que a la explosión del arma acudiese la justicia, se puso de un salto fuera de la pieza, bajó de otro la escalera, y al verse en la calle, se alejó diciendo:

—¡Aun me queda Adela! Es preciso abandonar ahora la ciudad, y marchar tras ella...

Amalia, que, al desaparecer Duval, trató de seguirle para saber dónde se encontraba la hija de sus entrañas, entró en la casa del doctor, cuando éste salía con la pistola en la mano sin fijar la atención en nada. La afligida madre entró desolada en el cuarto, temiendo una desgracia, dió un grito de horror al ver en tierra y ensangrentado al hombre que la hizo desgraciada, y en seguida corrió hacia la joven, que había quedado desmayada en el sillón en que se hallaba presa.

—¡Hija mía..., hija mía! —exclamó la amorosa madre haciendo pedazos los brazos del sillón que la sujetaban—. ¡Vuelve en tí! ¡Nada temas...; estás libre..., libre al lado de tu amorosa madre!

Y Amalia cubría de besos y de caricias a la joven, que no podía verla ni escucharla.

Duval, sin poderse levantar, pero dirigiendo enternecido la vista hacia su adorada hija, que continuaba desmayada, exclamó:

—¡Ah! ¡siquiera la he salvado! ¡Amalia, hazla feliz! ¡No sepa que su padre ha sido un desgraciado criminal que te hizo infeliz a tí, Amalia! ¡A tí, la más pura y digna de las mujeres! ¡No, no le digas que yo soy el autor de sus días y de tu desgracia, porque entonces me aborrecería, y su odio me afligiría aun en la tumba! Ella me cree su salvador; un hombre que le inspiró confianza y aprecio desde el instante que me vió, y yo anhelo bajar al sepulcro con su aprecio..., con su cariño..., con su simpatía, ya que no me es dado darla una sola vez el nombre de hija. ¿Me lo prometes, Amalia?

—Sí, te prometo que nunca le sacaré del error en que está, de creerte un hombre digno de su aprecio... Soy madre, y conozco cuán duro sería, aun para el corazón más empedernido, morir llevando a la tumba el horror de nuestros hijos.

—¡Ah!, gracias, Amalia, gracias... ¡Dios, que lee en este momento en lo más íntimo de mi alma, ve el hondo pesar, el verdadero arrepentimiento de mi corazón, en haberte

hecho sufrir en este mundo...! He sido un criminal; pero el cambio de sentimientos que se ha operado de repente en mi alma, me hacen creer que si conservase la vida, expiaría voluntariamente, por toda ella, todos mis delitos, consagrándome a hacer el bien de mis semejantes. ¡Oh!, Dios me inspira estos nobles sentimientos, antes de expiar; se ha dignado enviarme el dulce arrepentimiento para que mi alma no se pierda... ¡Bendito El sea! ¡Sí; bendito; porque el grato consuelo que me envía, me revela su perdón y su misericordia! Y tú, Amalia, tú que eres un ángel, a quien he ofendido cruelmente: tú que has nacido para practicar la virtud, me concederás también una palabra de perdón para que baje tranquilo a la tumba...

—Mi perdón lo has tenido siempre —exclamó Amalia sin separarse de su hija, a quien procuraba con sus caricias y atenciones, hacer volver de su desmayo—. Sí..., siempre; porque las penas, las desgracias y la pobreza que me han acompañado constantemente, las acogía como un justo castigo en expiación de mis culpas.

—¡Culpas tú, Amalia! ¡Culpas tú, en cuya alma residen todas las virtudes! ¡Oh! ¡tu perdón me tranquiliza y vierte en mi pecho el bálsamo de la esperanza! Al bajar a la tumba, llevo siquiera el consuelo de que no maldecirás mi nombre, y de que no arrancarás del corazón de nuestra hija, el sentimiento de cariño hacia este desgraciado, que nunca debe saber que fué su padre...

—¡Sí! ¡Te conservaré su gratitud, y tu nombre sonará en sus labios como el de su salvador!

—¡Gracias, Amalia, gracias!

—Pero silencio, que se acercan sin duda algunos.

No bien acabó Amalia de pronunciar estas palabras, cuando la casa se llenó de gente, que entró atraída por el tiro que se había escuchado. La autoridad del barrio dió orden de que inmediatamente se hiciese comparecer a todos los que habitaban la casa para tomar las primeras declaraciones, y entre tanto, empezaron éstas con el herido. Duval confesó sinceramente lo que había pasado entre Willey y Luz: que él se había prestado a acompañarla para que aquél consiguiese su infernal objeto; pero que luego, arrepentido, y tocado por Dios en la conciencia, subió dispuesto a salvarla, lo que consiguió recibiendo aquella herida mortal. Duval, como el lector ve, sólo ocultó que Luz fuese su hija, porque quería librarla de aquella mancha.

Los agentes de la policía que habían salido de la estancia para hacer comparecer a todos los de la casa, vol-

vieron diciendo que a nadie habían encontrado. La mujer que había hecho de carcelera, había huído al saber el funesto acontecimiento. Sólo doña Anita, llevada por la curiosidad, había subido; y al ser interrogada, dijo que nadie había entrado por la puerta de la calle que ella cuidaba, más que el doctor y Duval; que el segundo salió a poco, dejando dentro el primero; que luego volvió a entrar agitado; que en seguida se oyó el tiro de pistola; que tras esta detonación salió el doctor huyendo, llevando en la mano el arma fatal; y que, por último, añadió, la señorita Amalia, y cuantos allí estaban, habían entrado después a saber lo que había sucedido.

La declaración de la joven, que merced a los cuidados de la hermosa preceptora, recobró los sentidos, vino en apoyo de la de la casera. En virtud de ello, Amalia, que, llena de dicha por el hallazgo del tesoro que más amaba en la tierra, recibía de la hermosa Luz, a quien se había dado a conocer, el dulce título de madre y las más ardientes pruebas de su amor filial, alcanzó que se le permitiese retirarse a su casa, llevando en su compañía a la tierna hija de su corazón. Luz, agradecida al singular favor que de Duval había recibido, e impelida hacia él por un sentimiento desconocido que ella no se podía explicar, porque ignoraba el lazo íntimo que unía su alma a la de aquel hombre, se acercó a él, le estrechó la mano con muestras de la más profunda gratitud, y le dijo con una voz dulce y expresiva:

—A usted le debo lo que más ama la mujer sobre la tierra. ¡Usted ha sido el ángel que la Providencia me envió en el instante del peligro, para entregarme en brazos de una cariñosa madre, que bendecirá el nombre de usted, como lo bendeciré yo toda mi vida...! ¡Siento hacia usted el cariño de una buena hija hacia su desgraciado padre, y como tierna hija, elevaré mis ruegos a Dios para que le conserve la vida! Permítame usted, pues, que antes de partir, le dé a usted el nombre de padre, y esté usted firmemente persuadido de que su memoria será tan para mi corazón, como la del ser más querido de la tierra. ¡Adiós, padre mío, adiós!

Duval, al escuchar aquel nombre dulcísimo de los labios de la que en realidad era su hija, sintió bañado su corazón de una delicia inefable, y bendijo interiormente a Dios, porque de una manera tan visible le hacía patente su misericordia.

—¡Ay, hermosa Luz...! —exclamó Duval conmovido pro-

fundamente—. ¡Usted no puede comprender todo el bien que derraman en mi pecho esas dulces palabras de cariño, dictadas por la gratitud! ¡Usted me dió un medallón, que yo pensé conservar en Europa, como un recuerdo de su bondad y de sus virtudes; pero ahora que voy a morir, se lo devuelvo a usted como una memoria que deja un desgraciado padre a su hija...! ¡Sí..., a su hija! ¡porque mis sentimientos hacia usted son puros y dulcísimos como el que consagra el hombre a los seres a quienes dió la vida!

La autoridad manifestó que era preciso conducir al herido al hospital, y Duval añadió sacando el medallón, y poniéndolo en manos de la hermosa Luz:

—Puesto que usted se ha dignado darme el nombre de padre, ¡adiós, hija mía, adiós! Aquí tiene usted la prenda que usted me dió en prueba de gratitud, y que yo le devuelvo para que cada vez que en ella fije sus ojos, consagre un recuerdo de compasión a quien desde la eternidad rogará a Dios por su ventura.

Y Duval estrechó la mano de la joven profundamente conmovido: sus ojos se llenaron de lágrimas, y un tierno suspiro exhaló su corazón. Luz le envió una mirada de cariño, y acompañada de Amalia, salió de la estancia, dirigiendo sus ojos por última vez, desde la puerta, al hombre que la había salvado. Duval recogió con avidez aquella mirada, y exhaló un suspiro al ver desaparecer a los dos seres que habían conmovido su corazón.

CAPITULO XXVIII

La conciencia

En cuanto Amalia y Luz salieron del cuarto en que había tenido lugar la sangrienta escena entre Willey y Duval, éste empezó a perder su fuerza, a causa de la sangre que manaba de su herida, y poco después quedó desmayado. La autoridad ordenó entonces que se trajese una camilla, y fué conducido en ella al hospital de San Pablo. El médico del establecimiento reconoció la herida, y declaró que era mortal. Sin embargo, hizo escrupulosamente la curación, y encargó el mayor esmero en la asistencia.

Duval volvió al cabo de una hora de su letargo; pero la debilidad, causada por la sangre que había perdido, unida a las ideas causadas por el encuentro de Amalia y de su hija, le hicieron estar en continuo delirio toda la noche.

A eso de las tres de la mañana pareció hallarse un poco tranquilo, y poco después vino a quedar en un profundo sueño. Los encargados de cuidarle, procuraron que no se hiciese el más ligero ruido. Merced a este cuidado, el herido descansó cuatro horas. Eran las siete de la mañana, cuando Duval abrió los muribundos ojos. Dirigió la vista a todas partes para reconocer el sitio en que se hallaba, y pareció que hacía esfuerzos para poder hablar. El juez encargado de tomarle algunas declaraciones, que no pudieron practicarse en el momento de verse herido, y que había estado junto a él toda la noche, esperando a que estuviese en disposición de decir algo, se acercó cuanto le fué posible.

—¿Se ha salvado esa joven?

Fueron las primeras palabras que con moribunda voz pronunció el herido. Aunque criminal, era padre; y la memoria de su hija, a quien vió en peligro, preocupaba su imaginación.

—Sí, señor, se ha salvado —le contestó el juez—. Usted mismo la arrancó del poder del malvado que trataba de perderla, y en defensa de la virtud, recibió usted esa herida.

—¡Ah!, sí..., es verdad.

—Y toda la noche, y aún esta mañana, ha enviado esa joven a saber por el estado de la salud de usted.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡No era yo digno del supremo bien con que me inunda en este instante!

Y Duval sintió bañado su corazón por el bálsamo consolador que vierte el convencimiento de la piedad de los seres que amamos en la tierra. En aquel instante penetraron en la sala en que se hallaba el herido, dos hombres que revelaban en su traje y sus maneras, pertenecer a la buena sociedad. Eran los mismos que la noche anterior cruzaron por el barrio de la Palma, obligando a Duval a que se ocultase, temiendo fuesen agentes de policía.

—¡Aquí, al expirar, los dos!

Uno de los aludidos, joven de simpática fisonomía y gallarda presencia, se acercó al herido, le apretó la mano con interés, y le dijo prontamente al oído estas palabras, que sólo Duval pudo oír:

—Gracias debéis dar a Dios que nos ha llegado a enviar, a poderos perdonar, aquí, al expirar, los dos.